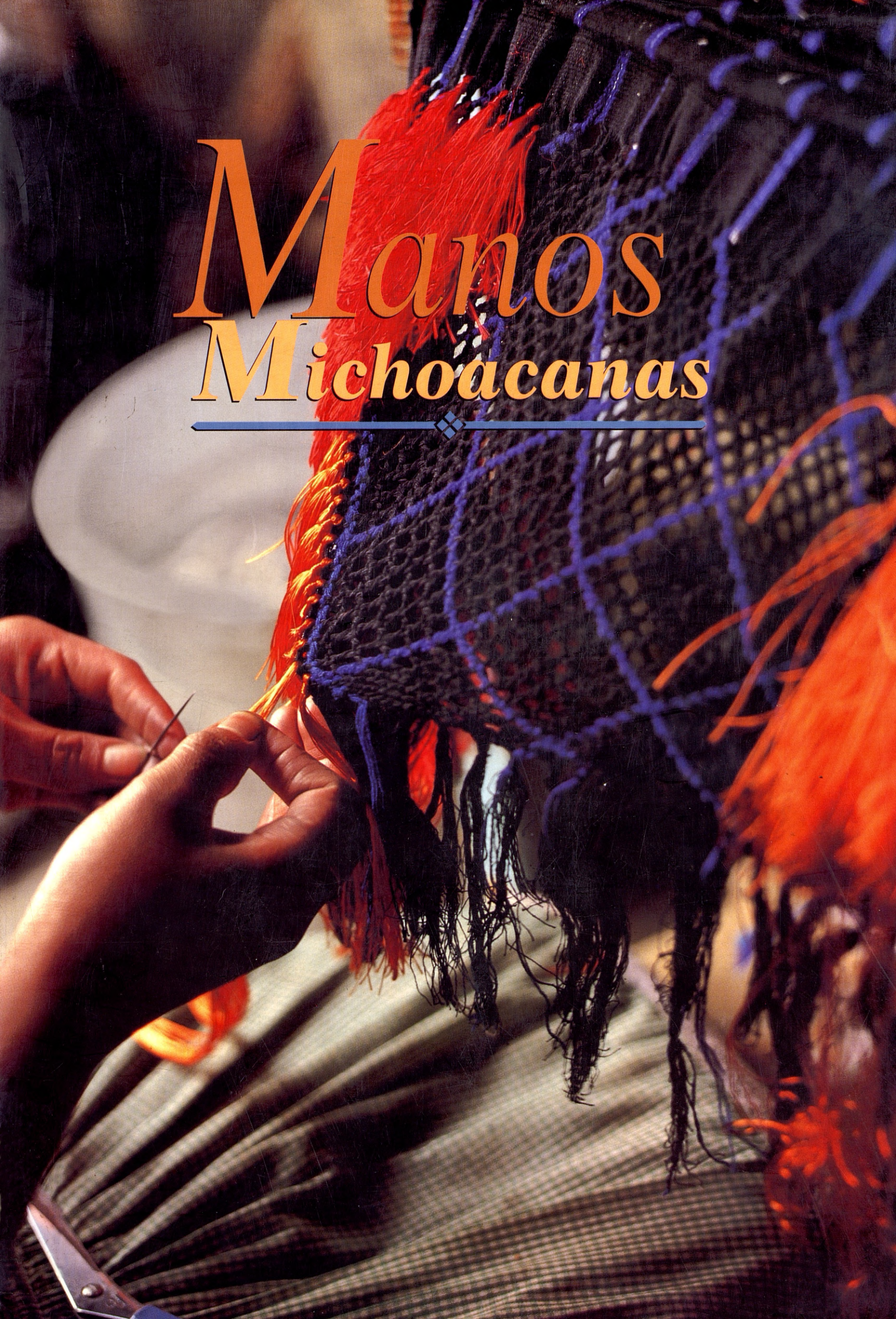




Manos Michoacanas

Manos Michoacanas

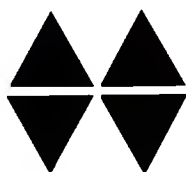
Verónica Oikión Solano, coordinadora

*María del Pilar Alvarado
Josefina María Cendejas
Roberto G. Cruz Floriano
Armando Mauricio Escobar Olmedo
Manuel González Galván
Moisés Guzmán Pérez
Miguel J. Hernández M.
Fernando Martínez Cortés
Francisco Miranda Godínez
Laura América Pedraza Calderón
Amalia Ramírez Garayzar
Cayetano Reyes García
Gerardo Sánchez Díaz*

*Fotografía:
Vicente Guijosa
Raúl Ramón Ramírez
Rolando Sandoval*



EL COLEGIO
DE MICHOACÁN



GOBIERNO DEL
ESTADO DE
MICHOACÁN



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



Contenido

Manos a la Obra
Verónica Oikión Solano
El Colegio de Michoacán

15

Sobrevivencias de Artesanías Prehispánicas

Francisco Miranda
El Colegio de Michoacán

35

El Trabajo Manual Purépecha en la Época Colonial

Cayetano Reyes García
El Colegio de Michoacán

49

*Manos de Arrieros y Lomos de Mula en la Economía
Michoacana del Siglo XIX*

Gerardo Sánchez Díaz
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

65

Tierra, Manos, Agua y Fuego. El trabajo en el alfar

Josefina María Cendejas
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

83

Rebozos Purépechas
Amalia Ramírez Garayzar
El Colegio de Michoacán

101

El Encaje y el Armadillo. Creando arte en cobre

María del Pilar Alvarado R.

Miguel J. Hernández M.

El Colegio de Michoacán

117

Manos Maqueadoras

Laura América Pedraza Calderón

El Colegio de Michoacán

129

Tsireri Jatarhakua Orhoeri Tsiriri. «Pasta de caña de maíz»

Roberto G. Cruz Floriano

Artesano de Tzintzuntzan

145

Plumaria Michoacana

Armando Mauricio Escobar Olmedo

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

161

Los Plateros y la Platería en Michoacán

Moisés Guzmán Pérez

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

177

Las Manos del Municipio de Tlalpujahua

Fernando Martínez Cortés

Academia Nacional de Medicina

193

Del Alfarje al Artesonado

Manuel González Galván

Universidad Nacional Autónoma de México

205

Índices

Ilustraciones

Onomástico

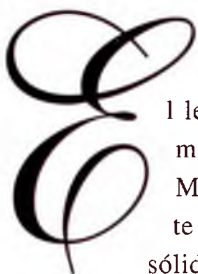
Toponímico

221

MANOS A LA OBRA

*...la historia de la mano es en definitiva
la del dominio del hombre
sobre la historia...*

(Jean Brun, *La mano y el espíritu*)



I

El lector tiene en sus manos la obra de las manos michoacanas. En los primeros meses de 1997, colegas de El Colegio de Michoacán y de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo comenzamos a trabajar conjuntamente sobre algunas ideas con el afán de hacerlas cuajar en un proyecto editorial sólido. En el mes de abril la propuesta fue acogida con entusiasmo por el nuevo presidente de El Colegio, doctor Carlos Herrejón Peredo.

Aunque la coordinación del volumen recayó en una servidora, no podemos más que considerar el proyecto de manera colectiva, porque así dio comienzo y así se fue modelando y desarrollando. **Manos Michoacanas** ha surgido como un esfuerzo académico conjunto de El Colegio de Michoacán y la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo —bajo la rectoría del

M.C. Salvador Galván Infante—, y con el patrocinio generoso del Gobierno de nuestro estado, en manos del licenciado Víctor Manuel Tinoco Rubí.

Tanto propios como extraños reconocemos que Michoacán tiene una tradición y una cultura manual muy rica, propicia para su estudio y valoración. No sólo en el campo de las artesanías se expresa ese talento manual del michoacano. Otras y muy diversas expresiones del acontecer cotidiano son fruto también del trabajo manual, es decir del uso diario y constante de las manos michoacanas para la creación de bienes en diversos ámbitos productivos y artísticos.



Constatando este hecho, **Manos Michoacanas** pretende mostrar y hacer reflexionar acerca de cómo los hombres, mujeres y niños michoacanos han utilizado sus manos a lo largo del tiempo para dar continuidad a la vida productiva y artística de Michoacán. Sin embargo, este libro apenas abre una panorámica enorme que no intentamos agotar. Tome el lector este volumen sólo como una muestra modesta donde la actividad manual del michoacano se enfoca bajo dos perfiles.

El perfil histórico –empatado con los supuestos de la historia de las mentalidades y de la vida cotidiana– que posibilita la reconstrucción hacia atrás en el tiempo de ese bagaje de la sociedad michoacana en donde sus *manos* están dentro y forman parte de una tradición y una concepción con respecto a su mundo y a su vida.

Y el perfil antropológico –referido a algunas de las propuestas de la antropología cultural– que nos conduce con mano firme hacia la reconstrucción y la explicación de la realidad presente en donde resalta forzosamente el afán manual de todo un pueblo. Al mismo tiempo, se destaca cómo a un paso del nuevo milenio, hay un cúmulo de actividades manuales referidas a procesos productivos, artísticos y lúdicos que arraigan en el pasado pero que son respuesta presente e ineludible a los embates del postmodernismo contemporáneo.

II

Sabia la Naturaleza, dotó al ser humano de dos manos. En cada una el pulgar se opone a los cuatro dedos restantes. Una obra perfecta para la gran obra humana desde que el hombre es hombre sobre la tierra.

«En la *Creación del hombre* de Miguel Ángel, Adán recibe la chispa de la vida de otra mano ajena a la suya; en adelante, la mano humana deviene capaz de tomar, de comprender y de emprender, pero por esas mismas manos conoce el hombre que no es para sí mismo su propia solución».¹

1. Jean Brun, *La mano y el espíritu*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 220.



Desde los tiempos más remotos de que tengamos noticias, el *homo sapiens*, el *homo faber* y el *homo ludens* recurrieron forzosamente al uso de sus manos para saciar su hambre –cazando, sembrando y recolectando su alimento cotidiano–; utilizándolas también como armas, utensilios y herramientas primitivas –construyendo, viviendo y defendiendo un espacio propio–, y haciendo uso de ellas para ofrecer a sus dioses oraciones, cánticos, danzas, pinturas y ofrendas de toda naturaleza –recreando y recreándose anímicamente en los parabienes de un mundo idílico.

El hombre americano desarrolló artes y oficios con distinta uniformidad. Las preciadas pieles de algunos animales (bisonte, ciervo, alce, lobo, zorra) se utilizaron para la confección del vestido de uso diario, esencial para protegerse de las inclemencias del clima, así como, para el ropaje utilizado en ocasiones ceremoniales. El tallado en madera favorecido por los asentamientos en áreas boscosas para la construcción de viviendas y canoas, y para la elaboración de cajas, todo tipo de utensilios de uso cotidiano, máscaras para las danzas, etcétera. La cestería se produjo abundantemente, ya fuese trenzada, tramada y en espiral, y utilizando como materia prima tiras de raíz de abeto, de las cuales se obtenía un material muy fino para la fabricación de cestos, así como pasto fino, tiras de caña, corteza de pequeños arbustos y árboles como las palmas. La industria a base de textiles también tuvo una amplia difusión, ya fuese para la elaboración de prendas de vestir y mantas a base de algodón, o de lana. Las variadas y profusas técnicas ceramistas, que muestran una amplia distribución de la cerámica desde norteamérica hasta el sur del continente, tanto de uso doméstico como para funciones ceremoniales. Las técnicas metalúrgicas para utilizar cobre, plata, oro, platino, estaño, produjeron objetos de uso diario, como herramientas o armas, pero sobre todo para la elaboración de objetos ornamentales y de carácter ceremonial. Amén de considerar también el desarrollo de la pintura, la escultura y las construcciones monumentales.

Para todo ello fueron necesarias manos diestras y dedos hábiles en la manipulación de materias primas y herramientas. Se ha dicho y con razón que

«todos los utensilios son esencialmente extensiones del cuerpo: una palanca presta mayor fuerza a las manos [...] muchas herramientas dependen de la estructura corporal del hombre [...] Los movimientos giratorios de un torno o de un tornillo derivan de la rotación hacia afuera de los dos huesos del antebrazo en la muñeca. Dado que la mayoría de las personas hacen las cosas con la mano derecha, estos giros son en su mayoría en el



sentido de las manecillas del reloj o sea hacia la derecha».²

Los artesanos son cada vez más precisos y hábiles con los movimientos de sus dedos:

«La destreza dactilar es una habilidad aprendida: la tersa secuencia de los movimientos del pulgar y los demás dedos, cuando es automática y habitual, se convierte en la base de manipulaciones diversas. Todo esto descansa en dos rasgos fundamentales y peculiarmente humanos: la habilidad para mover el pulgar y los dedos con variable coordinación y la tendencia a cambiar los usos de los hábitos aprendidos, principalmente como juego y descubrimiento».³

Ya Galeno en el siglo II de la era cristiana, apoyándose en Aristóteles, hacía énfasis en la importancia vital que las manos representaban para cada individuo. En su célebre obra *De la utilidad de las partes del cuerpo humano*, Galeno precisaba:

«Con las manos, el hombre teje un manto, entrelaza las mallas de una red, confecciona una nasa y artificios diversos de caza y pesca, y por consiguiente es el señor, no sólo de los animales que viven sobre la tierra, sino también de los que están en el mar o en los aires. Tal es el arma que el hombre encuentra en sus manos para defenderse. Pero el hombre, hecho para la paz tanto como para la guerra, con sus manos escribe las leyes, erige a los dioses altares y estatuas, construye un navío, fabrica una flauta, una lira, forja un cuchillo, unas tenazas, produce los instrumentos de todas las artes; en sus escritos, deja memoria sobre la parte teórica de estas artes [...]»⁴

Ayer como hoy, la actividad humana es sinónimo de utilización de las manos, sin ellas no podríamos hablar del Hombre, y menos de su pasado y de su presente. Las manos como instrumentos de la cultura humana, y dentro de ella como su expresión más vital, el trabajo manual para la vida cotidiana y para la recreación artística y lúdica.



2. Leslie Spier, «Las invenciones y la sociedad humana», en Harry L. Shapiro, *Hombre, cultura y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 323.

3. *Ibid.*, p. 337.

4. *De l'utilité des parties du corps humain*, I, 2, in *fine* (*Oeuvres anatomiques, physiologiques et médicales de Galien*), traducido por el doctor Daremberg, París, 1854. t. I, p. 113.

Charles Darwin, el famoso naturalista inglés, reiteró el papel desempeñado por las manos del hombre: «El hombre no hubiera podido alcanzar su situación preponderante en el mundo sin el empleo de sus manos, que tan admirablemente están adaptadas a obrar según las órdenes de su voluntad».⁵

Federico Engels, apoyándose en Darwin y en Ernst Haeckel, expresa la idea en torno a que la mano es igualmente el producto del trabajo humano. Para el acto de fabricar útiles, aun si fuesen los más rudimentarios, era necesario la *liberación* de la mano; fortaleciéndose las habilidades y naciendo otras nuevas, y por tanto, incrementándose una cada vez mayor flexibilidad manual, generación tras generación. Por tanto, afirmaba Engels, «la mano no es únicamente el órgano del trabajo, sino además el producto de éste».⁶

A lo largo del tiempo, y en distintas sociedades, encontramos diferentes concepciones con respecto al trabajo manual. Aprecios y desaprecios, o combinación de ambos según la actividad manual concreta de la cual se tratase. En términos simples se ha definido al trabajo «como todo esfuerzo humano intencional destinado a modificar el ambiente físico del hombre».

Un viaje por «los dominios del trabajo organizado» inicia «con las condiciones más primitivas» y finaliza «con la industria moderna». El trabajo organizado «existe en todas partes, en todas las épocas y en todos los lugares. En sus aspectos más fundamentales el trabajo es siempre el mismo. Entraña la imposición de formas sociales de organización sobre una estructura de exigencias físicas».⁷

5. *The descent of man*, part. I, cap. V, t. I, p. 141, *apud* Brun, p. 45.

6. Federico Engels, *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, en *Marx Engels. Obras escogidas*, t. II, Moscú, Editorial Progreso.

7. Stanley Udy, *El trabajo en las sociedades tradicional y moderna*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1971, pp. 11 y 156.





El trabajo es una relación con la naturaleza que impone sus leyes; realizado bajo el signo de la necesidad, de la escasez. Es decir, el concepto de trabajo como actividad real, como práctica productiva, como producción de mercancía. La actividad más inmediata y propia del hombre es el trabajo, su práctica real, su transformación de la naturaleza, su enfrentamiento a ésta para ganarse la vida. El filósofo José Manuel Bermudo asegura que «lo esencial del hombre, lo que lo distingue de los animales no es que posea una *razón*, sino que fabrique sus instrumentos de trabajo. Lo esencial del hombre es que trabaja». Asimismo, el producto de su trabajo, es decir, las transformaciones realizadas a la naturaleza, «son suyas, hechas a su medida, a la medida de sus necesidades, y son para él, las posee, las controla».⁸ Las formas de organización social para el trabajo son variadas de acuerdo con el tipo de sociedad de que se trate, ya sea primitiva y tradicional, o industrial y moderna. En toda sociedad el trabajo está dividido.

8. José Manuel Bermudo, *El concepto de praxis en el joven Marx*, Barcelona, ediciones Península, 1975, p. 248.

III

En el antiguo Estado tarasco, hace unos quinientos años, a decir de Luis González, «la nobleza y el sacerdocio disfrutaban los tributos y los trabajos de los plebeyos y de los sometidos a esclavitud». Por encima de los esclavos se situaban los campesinos y agricultores, y en seguida en la escala social se ubicaban los artesanos. Aunque las labores agrícolas y de pesca daban ocupación en mayor medida a la población, ayer como hoy los purépechas se han distinguido por su sensibilidad artífice, transformando los variados recursos naturales disponibles en un sinnúmero de objetos ornamentales y de uso cotidiano.

Vale la pena citar largamente a don Luis González, quien en su *Michoacán* nos hace notar que:

«En unos sitios abundaba la madera; en otros la palma; aquí había buen barro y un poco más allá montones de piedra. Según tuviesen algodón o metales eran tejedores o metalurgistas.

En los albores industriales de algunos pueblos purépecha figuraba en primer término la metalurgia. Empleaban el cobre en la hechura de hachas, coas, agujas, azuelas y anzuelos. Usaban el oro en la manufactura de cascabeles, anillos, cuentas de collar, narigueras y pectorales. En orfebrería utilizaban las técnicas de la cera perdida y del laminado. Metían en las piezas de oro, después de repujarlas, jade y turquesas. Embutían casquillos dorados en objetos de obsidiana o de madera. Eran notorias sus habilidades en las artesanías de oro y cobre, y en menos cantidad, en los trabajos de plata y de una aleación del cobre y del oro



conocida con el nombre de tumbago. Los habitantes de algunos pueblos eran muy hábiles ceramistas. Sabían hacer muchos tipos de ollas, cajetes, patojos y pipas que se caracterizaban en conjunto por la finura del decorado, la delgadez



de las paredes y la belleza de las formas. En varias poblaciones se tallaba muy bellamente la turquesa, el jade, el cristal de roca y la obsidiana; en varias se hacían, según decires de quienes los vieron, preciosos trabajos de plumaria. En la Ladera Sur de la Sierra Tarasca, y sobre todo en Peribán, se aderezaban guajes y calabazos con barniz de laca. En distintas partes usaban la madera en la confección de sillas, canoas, cuiringas y armas. Además de buenos carpinteros había excelentes tejedores de camisas, jubones y mantas con hilos de algodón y de maguey, y de canastos y esteras hechos de palma o de junco. El talento artístico de los tarascos lució sobre todo en las llamadas artes menores». ⁹

Las más de ellas no desaparecieron con la Conquista española. Muy por el contrario, bajo el liderazgo organizativo de Vasco de Quiroga, la tradición de los oficios continuó arraigada en las diferentes comunidades purépechas. Don

Luis nos refiere que en Peribán se mantuvieron los tejidos de seda; en Patamban, «ollas y cántaros»; en Paracho, «vihuelas y violines»; en Parangaricutiro, «colchas»; en Sevina, «fustes»; en Nahuatzen, «frazadas de lana»; en Uruapan, «bateas y jícaras»; en Corupo y Chocandirán, «sillas y armarios»; en Jiquilpan, «rebosos»; en Tzintzuntzan, «loza fina»; en Nurío, «sombreros»; en Santa Clara «vasijas de cobre»; en Ahuiran, «calcetas»; en Pátzcuaro, «campanas»; en Tingüindín, «pan»; en Santa Fe, «adobes»; en Janitzio, «anzuelos y redes»; en Jarácuaro, «petates»; en Ario, «añil»; en Apatzingán, «cera», y en San Felipe de los Herreros, «fierros forjados».

El mestizaje artístico producto también de la colonización española, desembocó en la elaboración escultórica de piezas de arte sumamente apreciadas por su calidad de ejecución mediante la técnica de pasta de caña de maíz. En cambio, el antiguo y vistoso oficio de la plumaria tendió a su desaparición. ¹⁰

Con la llegada del Michoacán decimonónico, una vez consumada la Independencia, viejos oficios e industrias artesanales se extinguieron por falta de incen-

9. Luis González, *Michoacán*, Morelia, edición FONAPAS Michoacán, 1980, pp. 85-87.

10. *Ibid.*, pp. 117 y 123.

tivos y fomento, y otros más surgieron y se consolidaron. Muchos de ellos aún perduran al cabo de los siglos.

A principios de este siglo, el porfirismo en Michoacán incentivó algunas ramas productivas en donde ingleses, franceses y norteamericanos prefirieron invertir sus capitales (minería, explotación forestal, ferrocarriles, industria de la carne). Sin embargo, el proceso capitalista de industrialización de diversos rubros productivos aún no se generalizaba en Michoacán para aquella época. En la elaboración de distintos productos todavía se seguían técnicas de carácter artesanal.

La producción para el mercado local y regional era variada; bienes de origen agropecuario y forestal se distribuían y circulaban mediante las manos de los arrieros y a lomo de mulas, como lo ha documentado ampliamente el maestro Gerardo Sánchez, no sólo en todos los rincones michoacanos, sino también hacia afuera de su territorio.

Afectado el país y con él el estado de Michoacán por los años álgidos de la Revolución, el repunte de la industrialización y el fomento de artes y oficios, fue singularmente lento. El Michoacán posrevolucionario de los años treinta no figuraba entre las principales entidades cuya planta industrial estuviese creciendo, y de un modesto séptimo lugar en 1930, con 4.8% del total de establecimientos industriales existentes en todo el país, pasó a ocupar en 1935 el décimo lugar, con 2.5% del total de los existentes en el resto de la república. Es decir, de 231 industrias para 1930, cayó a 174 en 1935. Con relación al número de obreros ocupados en dichas industrias, también se mostró la misma tendencia, pues en 1930 Michoacán contó con 3.1% del total de los empleados en cada estado de la república. En cambio, cinco años más tarde la industria michoacana sólo ofreció empleo a 2.4% del total de los trabajadores ubicados en las empresas de todo el país.





El valor de la producción manufacturera también se redujo en Michoacán entre 1930 y 1935. Pues habiendo ascendido a \$17, 382, que representó 2% del total nacional, se redujo a \$14,485 significando únicamente 1.5% del total de lo aportado por el resto de los estados.

En los cuarenta, Michoacán era una sociedad y un territorio mayoritariamente rural. Las administraciones estatales buscaron afanosamente atraer capital e invertirlo en nuevas industrias. Esta labor sin duda no fue fácil, porque Michoacán no contaba realmen-



te con la infraestructura necesaria para inducir a los capitalistas a afluir hacia el estado. Además, aunque tenía recursos y materias primas de todo tipo, tampoco se habían hecho claras hasta esos momentos la decisión política y la necesidad económica del gobierno federal para coordinar esfuerzos con las administraciones estatales, y los empresarios locales y foráneos, para llevar a cabo polos de desarrollo industrial en el estado.

Al hacer una revisión somera del tipo de empresas predominantes en el territorio michoacano nos queda la impresión que eran principalmente extractivas. La industria michoacana de aquellos años estaba muy atomizada, y por lo mismo, el mayor número de negociaciones y fábricas se hallaban concentradas en las principales ciudades de la entidad: Morelia, Uruapan, Zamora y La Piedad. La industria en Michoacán creció a un ritmo muy lento, pues aislada como estaba, cubrió solamente las necesidades locales y/o regionales. Sus perspectivas de crecimiento fueron en función de las prioridades establecidas por el sistema productivo.¹¹

Hacia mediados de los cuarenta en el balance productivo de Michoacán encontramos, en Acuitzio: industria maderera, curtiduría y molinos de trigo y nixtamal; Angangueo: industria maderera y minería (extracción de oro, plata, cobre, plomo, zinc y hierro por la American Smelting and Refining Co.); Apatzingán: molinos de nixtamal, talabartería y zapatería, trapiches para piloncillo y fábricas de productos cítricos y de hielo; Aquila: explotación de salinas; Ario de Rosales: fabricación de aceite de ajonjolí, aguardiente, hielo, molinos de trigo y nixtamal, panaderías, tenería y zapatería; Arteaga: minería; Ciudad Hidalgo: industria maderera (aserraderos, resineras, explotación de carbón vegetal), fábrica de hilados y tejidos, molinos, hielo, jabón, materiales de construcción, panaderías, aguarrás y zapatería; Coalcomán: ganadería y minería; Cotija: minería, ingenios, molino de trigo e industria artesanal de capotes de palma; Huetamo: minería, curtiduría, fabricación de aceite de ajonjolí, hielo, jabón y explotación del insecto *axe o aje* para la obtención de pasta aceitosa usada como barniz en la preparación de los objetos de laca de

11. Verónica Oikión Solano, *Michoacán en la vía de la unidad nacional*, México, INEHRM, 1995, pp. 167-168, 171-172.

Uruapan; Jacona: molinos de trigo, fabricación de pastas alimenticias y tres plantas de luz; Jiquilpan: rebocería y planta hidroeléctrica; Maravatío: fabricación de hielo, molinos, industria maderera, minería poco explotada; Morelia: molinos de trigo y nixtamal, fábricas de pastas alimenticias, de chocolate, jabón, básculas, hielo, industrias productoras de leche y sus derivados, madererías, alcohol, curtidurías, minería poco explotada, fabricación de aceites y manteca vegetal, cajas de acero, galletas, muebles, mosaicos, ates, medias y calcetines, ropa de punto, sombreros de palma, ropa de mezclilla, ladrillos, pan, plantas eléctricas, talleres de fundición, herrería, platería, talabartería y zapatería; Pátzcuaro: industria maderera, fabricación de aguardiente, escobas, hielo, jabón, molinos de nixtamal y trigo, talleres de platería, talabartería, zapatería, tenería, mueble de madera, artesanías locales (loza y alfarería), y una empacadora de frutas en conserva y pescado (construida por la Secretaría de la Economía Nacional; refaccionada por el Banco Nacional Obrero de Fomento Industrial, e inaugurada el 19 agosto 1941); La Piedad: industria de derivados de la leche, producción de manteca, curtidurías, explotación de carbón vegetal, fabricación de balones, cobertores, dulces, hielo, jabón, mosaico, ropa de mezclilla, tejidos de artisela, molinos, panaderías, hilados, rebozos, plantas de energía eléctrica; Puruándiro: molinos, curtiduría, fabricación de hielo, jarciería y materiales para construcción; Los Reyes: fábricas de alcohol y azúcar; Tacámbaro: industria maderera, azúcar, piloncillo, alcohol, curtiduría, molinos, queso; Tlalpujahua: industria maderera y minería; Tuzantla: azúcar y piloncillo; Uruapan: industria





maderera, fabricación de aguardiente, aguarrás, brea, cemento, chocolate, hielo, hilados y tejidos, jabón, mosaico, pastas para sopa, piloncillo, talleres de laqueado, productos cítricos, velas, molinos, talabarterías, tenerías, zapaterías, aceites y grasas, alcohol, dulces, materiales para construcción, ebanisterías, boneterías; Villa Madero: planta de energía eléctrica y fábrica de piloncillo; Yurécuaro: curtiduría, dulces, chocolates, hielo, molinos, jarciería y productos derivados de la leche; Zamora: aserraderos, descremadora, fabricación de aguarrás, cigarros, dulces y chocolates, pastas para sopa, hielo, mosaico, rebozos, ropa, suéteres, veladoras, madererías, molino de café, molinos de nixtamal y trigo, panaderías, taller de calcetería, herrería, huarachería, zapatería, bonetería, ebanistería y curtiduría; Zinapécuaro: industria maderera (aserradero y fábrica de cajas de madera), molino de trigo, explotación de sal y salitre en las cercanías del lago de Cuitzeo; Zitácuaro: industria maderera, molinos de aceite de ajonjolí, molinos de trigo, fabricación de jabón, hielo, juguetes de madera, mangos de madera para herramienta, jarciería, mosaicos, curtiduría.¹²

Don Luis González nos refiere que en las últimas décadas ha avanzado el crecimiento industrial, protegiéndose e impulsándose también diversas manufacturas y artesanías. «A partir de 1969, crece a paso veloz la industria siderúrgica» en el municipio costero de Lázaro Cárdenas. En el Bajío zamorano se produjeron rebozos y cerillos en Jiquilpan; la industria de la guarachería y de sombreros en Sahuayo; la explotación intensiva de puercos en La Piedad, «con las empacadoras de carnes, de ricos jamones, salchichas y cosas por el estilo». Y en el valle de Zamora se consolida la agroindustria exportando fresa y otras frutas y verduras. Don Luis acota que «la industria relacionada con la fresa vino a coronar una industrialización del valle especializado en postres: ates, chongos y una enorme variedad de dulces

12. Véase el cuadro núm. 6 «Relación de industrias en Michoacán, 1944», en *Ibid.*, pp. 483-487.

de leche». Asimismo también se expande en Zamora la fabricación de fertilizantes y hielo. En Zacapu se concentra un buen porcentaje industrial: tejidos de fibras sintéticas, producción de ácido sulfúrico, resinera y deshidratadora de alfalfa.¹³

Ayer como hoy coincidimos con don Luis González: «Lo más lúcido de la industria michoacana siguen siendo las artesanías». Con una calidad y variedad de todo tipo encontramos paso a paso, en cada pueblo y comunidad: joyería en oro y plata, herrería, trabajo en madera (muebles, piezas ornamentales, máscaras), hilados y tejidos (bordados, deshilados, sarapes, cobijas, rebozos, blusas, fajas), cerámica, lacas, instrumentos musicales, piezas de cobre, juguete en madera y en barro, productos de palma, «de paja de trigo o panicuas, de mimbre, maguey, tule y lechuguilla, como petates, sopladores, costureros, jaulas y figurillas de ángeles», adornos navideños y sombreros de palma. Así como guaraches y productos de talabartería. El diagnóstico de Luis González es que, no obstante la problemática de todo tipo que enfrentan las manufacturas artesanales, «Michoacán se mantiene enhiesto, famoso, fino y fecundo».¹⁴

IV

Manos Michoacanas no pretende agotar el estudio del trabajo manufacturero y artesanal. La diversidad en estos campos es realmente impresionante. Pero con manos académicas describe importantes procesos productivos; narra y explica su

13. González, *op. cit.*, pp. 231-232 y 259.

14. *Ibid.*, p. 260.



arraigo o desaparición en los espacios y tiempos michoacanos; analiza problemáticas y propone y sugiere cambios y reformas para fortalecerlos en vísperas de la llegada del nuevo milenio. La perspectiva histórica nos confirma que hoy estamos obligados a defender el patrimonio manufacturero en obras y hombres de las tierras de Michoacán. El reto es ciertamente grande frente a los embates de la posmodernidad y la globalización económica.

El contenido de la obra está estructurado a base de dos tramos. En el primero se aglutinan las *Manos en la historia michoacana*. Abre Francisco Miranda Godínez con *Sobre vivencias de artesanías prehispánicas*. Continúa Cayetano Reyes García con *El Trabajo manual purépecha en la época colonial*. Cierra el tramo Gerardo Sánchez Díaz con el tema *Manos de arrieros y lomos de mula en la economía michoacana del siglo XIX*.

El segundo tramo está dedicado a las *Manos para el trabajo artístico*.

Aquí inicia Josefina María Cendejas con *Tierra, manos, agua y fuego. El trabajo en el alfar*. Por su parte, Amalia Ramírez Garayzar aborda *Rebozos purépechas*. En tercer término tenemos a María del Pilar Alvarado y Miguel J. Hernández quienes se abocan a *El encaje y el armadillo. Creando arte en cobre*. Viene después América Pedraza con *Manos maqueadoras*. Se hace presente también *Tsireri Jatarhakua Orhoeri Tsiriri (Pasta de caña de maíz)* del artesano michoacano Roberto Cruz Floriano. A continuación damos la palabra a Armando Mauricio Escobar Olmedo para expresarnos todo lo relativo a *Plumaria michoacana*. En seguida aparecen *Los plateros y platería en Michoacán* de Moisés Guzmán Pérez. No podían faltar *Las Manos del municipio de Tlalpujahua* del médico tlalpujahuense Fernando Martínez Cortés. El tramo lo cierra Manuel González Galván, presentándonos *Del alfarje al artesanado*.

Todos los autores unieron manos y cerebros para ofrecer al lector con rigor explicativo y bajo distintas ópticas interpretativas algunos ejemplos representativos de los quehaceres de las **Manos Michoacanas**. Algunos prefirieron, con tenacidad histórica, poner el acento y reseñar con mano firme los afanes manuales del michoacano antiguo. Otros, los lucidores, amasaron con manos diestras los ejemplos del trabajo artístico.

Todos manipularon materiales, ya fuesen documentales, hemerográficos, bibliográficos, testimonios orales y de campo, para transformarlos en textos explicativos con ayuda de sus manos y de sus cerebros. Su gesto intelectual está afincado en la intención primordial de dar la mano, o tomar una mano entre las suyas, para comprender la grandeza de las **Manos Michoacanas**.



V

Para todos los artesanos y trabajadores manuales michoacanos que contribuyeron decisivamente para la elaboración de esta obra, va nuestro respeto y profundo agradecimiento. Seguramente investigadores y fotógrafos invadieron por momentos su vida cotidiana, familiar y laboral. Gracias por su comprensión.

Al doctor Carlos Herrejón Peredo, presidente de El Colegio de Michoacán, por su orientación y la confianza otorgadas en el desarrollo del proyecto, y porque invadí muchas veces su oficina tronándome las manos sin saber qué hacer.

Sin el esfuerzo conjunto del equipo editorial del Departamento de Publicaciones de El Colegio de Michoacán, encabezado por Jesús Rosales, no hubiese llegado a término esta obra. Hago mención de: Reynaldo Rico y Héctor Canales, por corrección y cuidado editorial; Miguel Ángel López por apoyo en la ilustración; Cristina Ramírez, por transcripciones y captura. El diseño editorial del conjunto de la obra estuvo a cargo del guanajuatense Antonio Galindo. A todos mi agradecimiento porque hicieron acopio de paciencia para verme instalada día con día durante meses en los espacios de su Departamento.

A Margarita Martínez Ramos y Bertha Patricia Paz Ayala mil gracias por su ayuda y por escuchar día con día las lamentaciones que traía entre las manos.

En Morelia, y dándome la mano como siempre los entrañables amigos Gerardo Sánchez Díaz y José Napoleón Guzmán Ávila, además en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UMSNH el apoyo en captura de: Ana Bertha Chávez y Alma Delia

Lázaro García; recopilando material Fernando Sierra y Ricardo León Alanís. También en Morelia, por las horas de trabajo que me brindó con su sensibilidad michoacana la maestra María Teresa Martínez Peñaloza. Y en Zamora, debo agradecer a la doctora Brigitte Boehm de Lameiras, por su amistad generosa y por compartir su idea original sobre las manos michoacanas.

Las tomas fotográficas estuvieron a cargo de Vicente Guisasa, Raúl Ramón Ramírez y Rolando Sandoval.

A las autoridades del Instituto Nacional Indigenista por permitirnos la reproducción impresa de testimonios fotográficos de valor etnológico. Así como al antropólogo Nicanor Zalapa, director del Centro Regional Michoacano del Instituto Nacional de Antropología e Historia, que también nos autorizó tomas fotográficas.

Hago extensivo mi agradecimiento a la Casa de las Artes





sanías de Michoacán por la invitación para asistir a la Primera Reunión Nacional de Amigos, Artesanos y Escultores de la Pasta de Caña de Maíz, realizada en Pátzcuaro en agosto pasado. Ahí tuve la fortuna de conocer a Roberto Cruz Floriano y a su esposa Angélica Morales; así como al doctor Fernando Martínez Cortés.

A la maestra Josefina María Cendejas, al maestro Armando Mauricio Escobar Olmedo, al maestro Moisés Guzmán Pérez, al doctor Raúl Arreola Cortés y al maestro Manuel González Galván, mi aprecio sincero por coincidir conmigo en los intereses de esta obra.

Para Ana Pellicer López de Llergo mi agradecimiento por su comprensión y sensibilidad artística, afincadas en Santa Clara del Cobre.

Gracias también para todos los colegas y compañeros de El Colegio de Michoacán que compartimos los créditos de hechura y confección, porque pusimos conjuntamente nuestras manos a la obra.

A mi compañero Sergio Reséndiz Torres y a nuestros hijos Ernesto y Aidée, porque en este barco de la vida, enfrentando huracanes y tormentas, vamos juntos tomados de la mano.

Verónica Oikión Solano
*El Colegio de Michoacán, A.C.
Entre Zamora y Jacona,
diciembre de 1997.*